

Prefacio

En los últimos decenios, se ha ido despertando la preocupación por los aspectos éticos, y humanos en general, de las profesiones técnicas. No pocos pensadores han dedicado un interés especial a las implicaciones de la tecnología en nuestras vidas, al tiempo que los mismos profesionales han cobrado una conciencia mayor de su influjo y responsabilidad en la sociedad. Esta situación, aunque en gran parte responde a la presencia de factores negativos, representa en sí misma un progreso respecto de la situación anterior y una oportunidad que conviene aprovechar para superar algunas deficiencias de la tradición cultural reciente.

Los últimos siglos han asistido a la separación progresiva de las ciencias de la naturaleza, que se han convertido en las ciencias por antonomasia, y las ciencias humanas, con lo que esto comporta de descomposición en nuestra imagen del hombre. Y aun dentro de cada una de las ciencias, la especialización ha ido provocando en muchos casos un aislamiento de cada uno de los campos del conocimiento y de la actividad del hombre. Esto ha tenido un claro reflejo en la formación profesional que se imparte en muchas Facultades y Escuelas, y una de sus consecuencias ha sido incapacitar a los diversos especialistas para dialogar entre sí.

La filosofía y la ética no han sido ajenas a este proceso. Muchas veces se han ido desarrollando al margen de la actividad de profesionales que han tenido un gran influjo en la conformación de nuestra sociedad, pero que, a pesar de ello, no han aportado a dichas ciencias sus propios puntos de vista. A esta situación ha contribuido el hecho de que muchos pensadores se limitaran, sobre todo en el pasado, a alabar acríticamente la contribución al progreso de la tecnología, sin juzgar conveniente revisar (y animar a revisar) los principios que la informaban y el modo en que éstos se aplicaban. Esta situación ha permitido que se lleguen a concebir como naturales y necesarios modos de actuar que están basados en planteamientos discutibles. Otras veces, los técnicos y científicos no se han visto comprendidos por quienes, como ha ocurrido frecuentemente en los últimos años, miraban con recelo o criticaban abiertamente sus ocupaciones, pero desde fuera.

Sólo cuando las consecuencias de este modo de proceder han llegado a ser especialmente graves, la sociedad ha comenzado a pedir una mayor responsabilidad a los técnicos y científicos. La aparición de formas de organización que trataban al hombre como una máquina, el desarrollo y uso de armas de inmenso poder destructivo, las consecuencias a veces irreversibles sobre el medio ambiente, etc., han llevado a que los mismos técnicos caigan en la cuenta de la importancia de sus decisiones.

Pero la responsabilidad de quienes crean y aplican la tecnología no está confinada a estos problemas, que a veces revisten magnitudes dramáticas. Cada vez se hace más patente que el técnico y el científico no son servidores incondicionales de unas disciplinas que progresan y descienden a la aplicación práctica como si fueran seres autónomos, sino agentes libres que eligen en todas sus acciones —en la investigación, en la respuesta a las demandas más concretas de la sociedad, en las relaciones con sus colegas— de acuerdo con su propia concepción del hombre y de la realidad, y no sólo siguiendo criterios técnicos o científicos.

No es extraño que el interés por estos temas se despierte de un modo especialmente acusado en los ingenieros, puesto que su actividad está especialmente orientada a la acción. Ellos responden a las concretas demandas de las personas y están en condiciones de comprobar los efectos de sus decisiones. Es de esperar que este interés creciente por la dimensión humana de la tecnología vaya encontrando reflejo en la formación que se les imparte en los centros superiores. Contribuir a ello es uno de los objetivos de este libro.

Desde hace algunos años me he ocupado de impartir los cursos de la asignatura de Ética en la Escuela Superior de Ingenieros de la Universidad de Navarra, en cuyos planes de estudio es una materia obligatoria para todas las titulaciones. Para mis lecciones supuso una valiosa ayuda un libro del anterior profesor de la asignatura, Rafael Escolá, que fue editado con el título de *Deontología para ingenieros*.

Rafael Escolá, que falleció poco antes de mi llegada a esta Escuela, fue un prestigioso ingeniero, fundador de la empresa IDOM, que unido a un gran amor por su profesión, siempre abrigó un profundo interés por los aspectos éticos que comporta. En los últimos años de su vida enseñó la asignatura de Deontología en esta misma Escuela, y en ese marco elaboró su libro como manual de la asignatura.

Al agotarse la primera reimpresión, me planteé hacer una nueva. La editorial me proporcionó para ello el texto que el autor había preparado pensando en la siguiente edición, en el que cuatro de los anexos habían pasado a formar parte del texto y se habían introducido algunos, en los que se trataban muy sintéticamente temas de ética general, y se añadían nuevos ejemplos.

A la hora de reeditarlos, juzgué conveniente revisar el texto, haciendo algunas modificaciones de estilo, y aumentar generosamente las reflexiones dedicadas a la ética. En realidad, como filósofo, me pareció que ésta era la aportación que po-

día ofrecer al espléndido y original compendio de sabiduría práctica y experiencia profesional de don Rafael. Al final, el libro ha experimentado suficientes cambios, y sobre todo, añadidos como para poderse considerar una obra distinta, de la que ambos somos coautores.

Las partes en las que más he intervenido son la primera y la cuarta, pero, de un modo u otro, lo he hecho en toda la obra. También me corresponden los anexos I y II. De todos modos, a lo largo de todo el libro, y también en las mencionadas partes, he procurado recoger la práctica totalidad de los ejemplos de don Rafael, además de conservar casi todo el texto primitivo, con algunos añadidos que intentan darle más precisión técnica en los conceptos de la ética y ampliar las reflexiones del autor a la luz de mis aportaciones. Por todo esto, resulta difícil discernir claramente entre lo que nos corresponde a uno y a otro, también porque muchas de mis aportaciones se apoyan en las de don Rafael. En cualquier caso, he procurado respetar lo más posible la voz original del autor, especialmente en las consideraciones fundadas en su dilatada experiencia profesional.

El lector juzgará si la obra ha alcanzado suficiente coherencia, y, de no encontrarla, deberá atribuir su falta a mi responsabilidad. Por mi parte, espero no haber traicionado las intenciones del autor originario, sino haberlas continuado. En realidad, éste es uno de sus méritos: haber legado una obra de tal originalidad y vigor que no sólo se prestaba a ser usada, sino que inspiraba a quienes quisieran proseguirla. He de expresarle mi agradecimiento por haberme dado la oportunidad de hacerlo y por todo lo que de él he aprendido. Sólo lamento, tras conocer su obra y lo que he llegado a saber por quienes convivieron con él, no haberle podido conocer personalmente.

También he de expresar mi agradecimiento a la Universidad de Navarra, que era la propietaria de los derechos de autor y ha confiado en mí dejándome usar la obra precedente; a la Escuela Superior de Ingenieros de la Universidad de Navarra (TECNUN), con sede en San Sebastián, por haberme facilitado los medios para poder llevar a cabo este trabajo; a la editorial Eunsa, que me proporcionó el nuevo texto preparado por el autor; al Dr. Fernando Santos, por sus valiosos consejos y correcciones; al Dr. Luis Echarri, por su asesoramiento en las cuestiones medioambientales; y a todos aquéllos de los que he recibido apoyo y sugerencias para realizar este libro.

JOSÉ IGNACIO MURILLO